Hacia la edificación de una civilización del amor: La propuesta de Agustín Basave Fernández del Valle

Marisol Ramírez Patiño
Universidad Veracruzana

Resumen:

Nuestras pretensiones al redactar este artículo son muy modestas. Se trata de presentar sólo algunos apuntes entorno al pensamiento del filósofo y juriconsulto mexicano, Agustín Basave Fernández del Valle (1923-2006), considerado como uno de los más claros exponentes de la filosofía cristiana en nuestro país. Nos centraremos en revisar su proyecto más ambicioso, a saber, la edificación de una civilización centrada en el amor. Haciendo eco del magisterio de Paulo VI y Juan Pablo II, el autor propone la reconstrucción de la sociedad contemporánea bajo el paradigma del amor. Teniendo a la familia como su núcleo, este proyecto utópico busca integrar a la sociedad, las instituciones y el Estado hacia una revalorización del crecimiento económico integrado en el amor fraterno y los valores, vía de un desarrollo justo, estable, respetuoso de las individualidades culturales y sociales, así como sostenible ecológicamente. Finalmente, el autor sugiere el modelo de una civilización del amor como un auténtico proyecto filosófico latinoamericano.

Palabras clave: Filosofía latinoamericana, crisis, familia, civilización, amor,

Abstract:

Our claims in writing this article are very modest. We are going to present only some notes about the thought of the Mexican philosopher and juriconsult, Agustín Basave Fernández del Valle (1923-2006), considered one of the greatest exponents of Christian philosophy in our country. We will focus on reviewing your most ambitious project: the building of a civilization of love. Echoing the teaching of Paul VI and John Paul II, the author proposes the reconstruction of contemporary society under the paradigm of love. Having the family as its core, this utopian project seeks to integrate society, institutions and the State towards a revaluation of economic growth integrated into fraternal love and values, through a fair, stable development, respectful of cultural individualities and social, as well as ecologically sustainable. Finally, the author suggests the model of a civilization of love as a true Latin American philosophical project.

Keywords: Latin American philosophy, love, crisis, family, civilization.

Recepción: 28/02/2020 - Aceptación: 20/04/2020

Introducción

Mucho se ha especulado acerca de la posibilidad (o imposibilidad) de edificar una filosofía desde México. De hecho, la búsqueda de un pensamiento filosófico propio, así como una propuesta original y atractiva a la empresa filosófica mundial se ha convertido desde hace poco más de un siglo en una suerte de “misión autoimpuesta” no sólo por los intelectuales de nuestro país, sino también para resto de Latinoamérica. No hace falta decir que esta inquietud ha desatado un amplio y enrevesado debate sobre el cual se han alzado diversas posturas. Por ejemplo, existe la idea de que nuestro país alberga, desde tiempos ancestrales, riquezas y recursos espirituales inagotables, mismos que han de ser rescatados, refinados, explotados e incluso exportados hacia el resto del mundo (Bonfil Batalla). Otros, menos optimistas, creen que nuestro pensamiento no ha podido alcanzar ni remotamente la originalidad de las grandes corrientes del filosofar occidental, debido a que prepondera en ella una tendencia hacia el atraso, el subdesarrollo y la dependencia (Ramos). De igual modo, nos topamos con la opinión de que la filosofía en México se halla más bien en un proceso de construcción (Vasconcelos), de ahí que las investigaciones deberán centrarse en definir cuáles serían los rasgos preponderantes de dicho filosofar, los problemas sobre los cuales ha de enfocarse, además de los retos y la actitud de sus representantes ante ellos. Por último, nos encontramos con la preocupación, no por la edificación de un pensamiento legítimo, sino por la resolución de aquellos problemas históricos, éticos, políticos, sociales, etc., que aquejan a la sociedad mexicana y también al resto del mundo. Lo que se pretende obtener, recordando a propósito las palabras de Leopoldo Zea, es: “intentar hacer pura y simplemente filosofía, que lo americano se dará por añadidura”.¹ Ahora bien, siguiendo este último punto nos encontramos con la actuación filosófica de Agustín Basave Fernández del Valle, estudioso de altos vuelos, escritor polifacético, catedrático y juriconsulto, cuya personalidad es ampliamente conocida tanto en México como en el extranjero. Sus meditaciones comprenden diversos tópicos, ordenados en torno al *ser* y *hacer humanos*. Tal ordenamiento responde a la formación cristiana y humanista del autor, quien buscaba orientar a la persona hacia la obtención de su felicidad plena en Dios. Por tal motivo, trató de forjar una filosofía que no se redu-

1 ZEA, L., *La filosofía americana como filosofía sin más*, México: Siglo XXI, 1989, p. 44.

jera solamente a la contemplación de lo eterno, sino también de lo temporal, dispuesta hacia las cosas materiales al servicio del hombre. Resalta el hecho que, simultáneamente y como una proyección práctica, el pensamiento existencial de Basave Fernández del Valle asume también la forma de una filosofía acerca de México.

A continuación, se expondrán los principales lineamientos del sistema filosófico de Agustín Basave, para ser más exactos, los contenidos en su obra póstuma *La civilización del amor: reflexiones para una sociedad en crisis*, pues creemos que es justo aquí donde se aprecia cabalmente su esfuerzo por edificar una filosofía existencial, universal y omni-comprendiva del ser del hombre, pero con un estilo nacional. En dicho ensayo, el filósofo regiomontano nos plantea un proyecto de desarrollo cultural capaz de conducir a los pueblos de Latinoamérica, y también al resto de las naciones, a una plenitud de civilización a la que deben aspirar; una civilización en donde el amor funge como el tónico dominante y el ingrediente superior de una sociedad; una civilización tolerante, abierta al diálogo intercultural, digna, fraterna y promocional. En suma, una *civilización del amor*. De forma paralela, nuestro autor confía en que, con este modelo de cultura, pueda hacerse frente a la “incivilizada” globalización neoliberal, tan presente en nuestros tiempos, artífice de un estado de crisis e incertidumbre radical que aqueja a las sociedades modernas en todo el mundo.

1. Breve semblanza biográfica e intelectual

Agustín Basave Fernández del Valle, filósofo, escritor, catedrático, juriconsulto. Aunque nació en Guadalajara, Jalisco, el 3 de agosto de 1923, a muy temprana edad emigró hacia la ciudad de Monterrey, Nuevo León, donde murió el 14 de enero del 2006. Se graduó como licenciado en Ciencias Jurídicas en la Universidad Autónoma de Nuevo León (UANL), y también cursó estudios en la Facultad de Humanidades y Periodismo en la Universidad Hispanoamericana de Santa María de la Rábida, en Huelva, y en la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo, en Santander. En la capital de España, realizó además estudios de Filosofía y de Derecho, obteniendo el título de doctor en Derecho, en la Universidad Complutense de Madrid.

A lo largo de su vida, Basave obtuvo no pocas distinciones y fungió diversos cargos. L'Université Internationale Moctezuma, de la República Dominicana, le confirió el título de Doctor H.C. en Philosophie et Lettres en 1972. Posteriormente obtuvo la misma distinción por

parte de la Universidad Autónoma de Nuevo León (1990), la Universidad Autónoma de Guadalajara (1991) y la Universidad del Salvador. Fue rector emérito de la Universidad Regiomontana; director de la Facultad de Filosofía y Letras y fundador y director del Centro de Estudios Humanísticos de la Universidad Autónoma de Nuevo León; profesor del Seminario Arquidiocesano de Monterrey, así como en la Universidad de Monterrey y en la Universidad Cervantina; catedrático huésped de la Academia Internacional de Filosofía de Lichtenstein, en Alemania y en la Universidad del Salvador. Fue miembro fundador y presidente de la Sociedad Mexicana de Filosofía. Además, se desempeñó como diplomático y notario público.

Al igual que su trayectoria, la obra del Dr. Basave es vasta; en ella se advierten sus diversos intereses enfocados a la Filosofía del Derecho, la Historia y la Filosofía del Estado. De una manera muy clara y evidente, Basave se incrusta en una filosofía cristiana. Es su eje y marco de referencia; su punto de partida y de llegada. En cuanto al método, se encontrará privilegiada la fenomenología, aunque más tarde propugnó una apertura intelectual llamada por él mismo sincretismo, en la cual se considera ampliamente receptivo del agustinismo. Entre los profesores que dejaron huella en él, podemos citar a Miguel Federico Sciacca y Fritz J. von Rintelen, y su pensamiento está claramente influido por santo Tomás de Aquino, Miguel de Unamuno, Max Scheler, Manuel García Morente y Xavier Zubiri.

El tema central de las reflexiones de Basave es el hombre, pero el hombre concreto, es decir:

El que trabaja, sufre, goza, se afana por salvarse: el hombre, extraña mezcla de cuerpo y espíritu que, por su condición de espíritu que, por su condición de espíritu encarnado, no se identifica ni se realiza plenamente como puro cuerpo o como puro espíritu, sino que debe guardar un equilibrio entre ambos componentes.²

Teniendo en cuenta esto, nuestro autor decide elaborar una filosofía al servicio de la existencia, esto es, que sea capaz de encaminarle hacia su meta definitiva, a saber, la salvación. Así lo señaló en su *Filosofía del hombre*: “Si la filosofía no es filosofía al servicio del hombre, y, por lo tanto, de

2 AGUAYO, E., “El concepto de filosofía de Agustín Basave Fernández del Valle”, en: RANGEL A.; RODRÍGUEZ A.S.; CANTÚ C. (Comps.), *Vida y pensamiento del Dr. Agustín Basave Fernández del Valle*, Universidad Autónoma de Nuevo León, 2007, p. 125.

su salvación, ¿para qué o para quién puede estar hecha esa filosofía?³ ¿A qué se refiere Basave cuando habla de “salvación”? El hombre, de acuerdo con el regiomontano, se siente náufrago en el mundo y no tiene más remedio que nadar para llegar a la otra orilla. De ahí ese carácter de faena laboriosa, fatigosa e incluso peligrosa que tiene toda vida humana auténtica. Existir, nos dice, “es estar sosteniéndose dentro de un océano de incertidumbre y riesgo con la posibilidad de naufragar o de salvarse”.⁴ Todo lo que hay en nuestro ser humano (cuerpo, historia, dimensión social), está al servicio de un existir que se consume en afanes de salvación. De modo que éste vive desde su intimidad, pero hacia el mundo y hacia el más allá del mundo. Para existir, es preciso comenzar a luchar contra el peligro de perdernos:

No podemos, nos dice, como la piedra o como el animal, abandonarnos inercialmente al ser. No podemos eludir el combate por la salvación en la plenitud subsistencial. Nuestra existencia es dramática por esa inseguridad fundamental. Lo único que nos es dado es la posibilidad de salvarnos.⁵

La filosofía surge aquí entonces, “porque el hombre aspira a la plenitud substancial y porque quiere protegerse contra su desamparo ontológico”.⁶ Su papel es, no obstante, “propedéutico”, es decir, esclarece fundamentalmente la realidad entera, al tiempo que influye sobre la vida del hombre y nos ofrece una sabiduría vital de los últimos problemas humanos. La filosofía no tiene para el hombre poder salvador, pero puede ser instrumento de salvación, que viene siempre de Dios, el único que salva.

Ahora bien, debido a este desamparo ontológico, y por su afán de plenitud, el hombre es un ser esencialmente social. Así lo plantea nuestro autor: “Antes de cualquier otra apetencia el hombre se halla destinado desde las mayores profundidades de su ser, a vivir socialmente”.⁷ En efecto, el ser humano –como el resto de los seres– se relaciona con su medio ambiente, a fin de satisfacer sus necesidades básicas: su propia conservación y su crecimiento o desarrollo. De igual modo, la persona

3 FERNÁNDEZ DEL VALLE A., *Filosofía del hombre*, México: Espasa Calpe, 1978, p. 11.

4 FERNÁNDEZ DEL VALLE A., “Hacia una filosofía integral del hombre”, en: *Espíritu*, XLIII (1994), p. 40.

5 FERNÁNDEZ DEL VALLE A., “Hacia una filosofía...”, p. 40.

6 FERNÁNDEZ DEL VALLE A., *Tratado de Filosofía. Amor a la sabiduría como propedéutica de la salvación*, México: Limusa, 1995, p. 15.

7 FERNÁNDEZ DEL VALLE A., *Filosofía del hombre*, p. 184.

requiere la comunicación con el mundo de las otras personas, para su propia promoción. La posesión de lenguaje oral, gráfico y mímico, la calidad de la inteligencia y la memoria atestiguan en él dicha necesidad de comunicarse con sus semejantes. En suma, la persona humana no existe ni se realiza a solas. Constituye un ser familiar y comunitario que adquiere su fomento través de las relaciones con el otro, con otros sujetos personales, en una mutua reciprocidad. De la cooperación de las personas en la sociedad se logra el bien común de la misma, y gracias a este bien cada persona puede conseguir unos grados de perfección de todo tipo, desde el bienestar material, hasta los bienes culturales y morales, que fuera de la sociedad le serían imposibles de alcanzar. Individuo y sociedad son, por tanto, dos aspectos esenciales de la persona. Querer destruir cualquiera de estos dos aspectos implicaría la propia destrucción personal. En palabras de nuestro autor:

Como espíritu móvil y relativamente autónomo, la persona posee la facultad –espacial e incorpórea de ponerse en el lugar de sus semejantes. En torno de cada persona se dibuja un círculo de comunidades cada vez más amplias. Gracias al amor, el movimiento espiritual y la libertad social alcanzan su perfección.⁸

El amor juega aquí un papel fundamental. El amor es lo que lleva al hombre a considerar a su prójimo en toda su alteridad y gracias a él “el movimiento espiritual y social alcanzan su perfección”.⁹ Para el regiomontano, este sentimiento fundamental e irreductible del ser humano es la forma más profunda y más rica de relación y de vínculo:

El origen de la actividad humana, la fuerza creadora y constructiva del hombre, se llama amor. Todo impulso, toda pasión, todo sentimiento tiene su raíz en el amor-fuerza. Y hasta nuestro entendimiento requiere un objeto (valor) que suscite en nosotros ese deseo (amor) por conocerlo. Lo cual no quiere decir, por supuesto, que el amor tenga una función gnoseológica. Trátese de una fuente energética que se encamina hacia la onticidad de las cosas y que constituye nuestra posibilidad de existir humanamente. Por el amor se persigue justamente, alcanzar la perfecta ecuación del ser humano. Este acto-de vida tiende hacia un biensumo y trascendente.¹⁰

8 FERNÁNDEZ DEL VALLE A., *Filosofía del hombre*, p. 185.

9 FERNÁNDEZ DEL VALLE A., *Filosofía del hombre*, p. 184.

10 FERNÁNDEZ DEL VALLE A., *Filosofía del hombre*, pp. 270-71.

En vista de lo anterior resulta imprescindible echar una mirada hacia nuestras sociedades modernas. ¿Están acaso orientadas hacia el amor? Basave responde a dicha interrogante de forma negativa, al tiempo que presenta su proyecto más ambicioso, a saber, una auténtica reforma moral y social, capaz de reconstruir desde sus cimientos nuestras instituciones, nuestras ideas y nuestras costumbres, a fin de edificar una nueva civilización fundada en los valores universales de la paz, de la solidaridad, de la justicia y de la libertad. En pocas palabras: construir una civilización del amor.

2. El llamado a la civilización del amor ante un mundo globalizado

“En todas partes se habla de *crisis*. Explicado el fenómeno de modo diverso, se lee y se oye siempre lo mismo: que nuestros tiempos son de crisis”.¹¹ Este es, bien puede decirse, el espíritu de nuestra época. Pero, ¿a qué nos referimos con esto? Se dice que una sociedad entra en “crisis” cuando se muestra incapaz de hacer frente a los grandes retos que tiene planteados con el utillaje intelectual y tecnológico que dispone. Y lo cierto es que, a pesar de los grandes triunfos de la ciencia y la técnica; de los acuerdos internacionales que, en la medida de lo posible, han salvaguardado la paz entre las naciones, las cuales coexisten, a su vez, en un mundo cada vez más interconectado, comunicado, lo cierto es que esto no ha colmado las más necesarias nobles y altas aspiraciones de los hombres. En la era de la civilización tecnológica se han abierto nuevas sendas de caos sistemático. A propósito, Maza ha resumido de manera sucinta, lo que esta crisis ha hecho con los seres humanos tan sólo en el último siglo:

Guerras: dos mundiales, Corea, Vietnam, Argelia, Iran-Irak, Israel-países árabes, Líbano, Chad, Angola, Zaire, Biafra, por citar algunas. Dictaduras militares, tortura sistematizada, desaparecidos, exiliados, encarcelados por millones, sadismo, toques de queda, terrorismo, experimentos científicos con seres humanos, campos de exterminio, hornos crematorios, genocidio, hambrunas, miseria y desnutrición, terror permanente y extendido por décadas, conquista y explotación, bombas atómicas, racismo, deudas exteriores de los países pobres, avaricia, usura, despojo. Depravación de la conciencia moral.

11 FERNÁNDEZ DEL VALLE A., *Filosofía del hombre*, p. 142.

Negatividad despiadada. Muerte total. La nada. Es lo que nos ha tocado vivir.¹²

Y ahora, de cara a la segunda década del XXI, ya se habla insistentemente de una posible nueva conflagración planetaria: “Hoy, tras el segundo fracaso de otra guerra mundial, quizás se puede hablar de una tercera guerra combatida ‘por partes’, con crímenes, masacres, destrucciones”.¹³ Lo anterior ha sido pronunciado recientemente por el Papa Francisco tras el recrudecimiento de las contiendas bélicas, agresiones, invasiones, apoyos a grupos terroristas y disputas territoriales de poco más de 70 naciones –un tercio del total de países que conforman el orbe–, cuyas primeras secuelas se están dejando sentir con rigor entre la población más vulnerable.

No obstante, “crisis” también significa “juicio”, y es justo en estas épocas cuando se agudiza la conciencia de un cambio social:

Urge aclarar conceptos –nos dice Basave– urge buscar un significado a la existencia, urge rectificar el rumbo histórico que nos ha llevado a la guerra, al terrorismo, a la injusticia social. Es tiempo de enjuiciar las fuerzas motrices del ser y quehacer de los hombres actuales. Hay que revisar el sistema de valores del hombre medio actual y del modelo neoliberal desarrollista.¹⁴

3. Orígenes históricos del concepto *civilización del amor*

Antes de introducirnos en la propuesta *basaviana* en torno a una *civilización del amor*, es preciso sentar primero sus bases. ¿Qué es lo que entendemos por *civilización*? Atendiendo un sentido etimológico, este vocablo deriva, justamente, de “*civilis*” (civil, todo lo relativo o propio de un ciudadano) y refiere –tomando la definición clásica dada por el antropólogo inglés Edward Burnett Tylor– a: “todo complejo que incluye conocimiento, creencias, arte, ley, moral y costumbres y cualquier otra capacidad y hábito adquirido por el hombre como miembro de una sociedad”.¹⁵ La *civilización* pertenece a la historia

12 MAZA, E., *El amor, el sufrimiento y la muerte*, México: Proceso, 1989, p. 176.

13 FRANCISCO, “Vaticano II. Santa Misa en el monumento militar de Redipuglia”, 13 de septiembre del 2014. Obtenido de: http://www.vatican.va/content/francesco/es/homilies/2014/documents/papa-francesco_20140913_omelia-sacrario-militare-redipuglia.html

14 FERNÁNDEZ DEL VALLE, A., *La civilización del amor: reflexiones para una sociedad en crisis*, México: FCE, 2006, p. 52.

15 TYLOR, E. B., *Cultura primitiva*, Madrid: Ayuso, 1977, p. 19.

del hombre porque afecta sus exigencias espirituales y morales, sus relaciones, a lo interno del grupo humano, o hacia afuera de otras sociedades; sus contactos con el universo y el entorno físico y en sus intentos de comunicación con Dios. También suele ser asociado con el término cultura, aunque con ligeras variaciones.¹⁶ Antes bien, la civilización se halla vinculada a la dimensión social del individuo (*civis*), adquiriendo por ello una connotación preferentemente política. De igual modo, se dice que la civilización entraña un humanismo, debido a que tienden a exaltarse allí los ideales del ser humano. Recordemos que el término *humanismo* integra todas aquellas concepciones intelectuales que dan valor e importancia al hombre, encumbrando así su dignidad personal, al tiempo que nos sugiere una reforma social integral, esto es, un proyecto de transformación no sólo económica o política, sino esencialmente moral y, por tanto, religiosa. Todo ello, con miras al rescate de todos aquellos aspectos “humanos” que la nueva sociedad industrial tiende a aplastar, descuidar, despreciar o pasar por alto.

Por ende, hablar de una civilización humanista o humanizada supone un cambio de visión en el modo de comprender y hacer frente a nuestra realidad, atendiendo cabalmente a las dificultades de los problemas venideros sin aceptar aquellas soluciones engañosamente fáciles; una civilización que no sólo se interese por el bienestar terrenal de la comunidad, sino también por aquellos valores y contravalores de toda índole, mismos que configuran y expresan el pensar, el creer, el sentir, el querer y el actuar de una colectividad humana; y que coadyuvan en la plena realización de la vida del alma o, dicho de otro modo, del destino espiritual de la persona. Y es justo aquí donde nos introducimos en los dominios de la filosofía cristiana a fuerza de que entre sus ideales hallamos la construcción de un mundo basado en los valores universales de paz, solidaridad justicia y libertad.

16 En efecto, “cultura” y “civilización” suelen ser vinculados en tanto refieran la mejora progresiva de las facultades humanas en todos sus órdenes, aunque es un hecho que existen diferencias notables entre estos dos términos. Por ejemplo, suele decirse que “cultura” posee una connotación más humanista, conectada con una idea aristocrática y personal del individuo, mientras que “civilización” se refiere a una dimensión más bien social. Aunque esta dualidad tiende a ser contradictoria. Humboldt, por decir un caso, enlaza la cultura a las actividades tecno-económicas (esfera de lo material) y la civilización a lo espiritual y más elevado, mientras que Spengler nos dice que la civilización es más bien la fase final, no creativa de una cultura. Contrario a esto, Max Weber identifica “civilización” con lo material y “cultura” con lo espiritual: “La civilización es irreversible, acumulable, técnica, mientras que los productos de la cultura son variados, únicos, no immanentes”. ESPINA, A., *Manual de antropología cultural*, Ecuador: Abya Yala, 1996, p. 24.

Según esta doctrina, el hombre civilizado ha de realizarse como tal por medio de las virtudes marcadas por la religión, tales como las morales y, aún más importantes, las teologales, que son la esperanza, la fe y la caridad. Esta última siendo decisiva, teniendo en cuenta que es sinónimo de amor. El término amor será entendido aquí desde la manera de ver de Agustín Basave, esto es, como un afecto vivo, un sentimiento fundamental e irreductible y un movimiento del ser humano que encarna la forma más profunda y rica de relación y de vínculo ya que, a través de él, la persona tiende, en última instancia, hacia la unidad espiritual.¹⁷ De ahí que el hombre civilizado en el humanismo cristiano sea un *homo caritativus*, amoroso.

La civilización del amor es entonces la aportación cristiana a la civilización y a la cultura. Es “aquel conjunto de condiciones morales, civiles y económicas que permiten a la vida humana una condición mejor de existencia, una racional plenitud, un feliz destino eterno”,¹⁸ y “es dignidad, liberación y pleno desarrollo de toda persona y de toda la persona, nueva cultura de la vida y de la solidaridad, verdad, justicia y libertad plenificadas por el amor”.¹⁹ La expresión, aunque pertenece a la esencia misma del cristianismo, fue acuñada por vez primera por Pablo VI el 17 de mayo de 1970 durante la Homilía por el día de Pentecostés.²⁰ Después, fue acogida y promovida por Juan Pablo II a lo largo de su pontificado, utilizando en este mismo contexto la expresión *cultura del amor*.²¹ Recientemente, tanto Benedicto XVI como Francisco han señalado la necesidad de construir una “civilización

17 FERNÁNDEZ DEL VALLE, A., *La civilización del amor...*, p. 35.

18 PABLO VI, “Vaticano II. Discurso en la clausura del Año santo”, diciembre 1975. Obtenido de: http://www.vatican.va/content/paul-vi/it/homilies/1975/documents/hf_p-vi_hom_19751225.html

19 CELAM, *Civilización del amor, Tarea y Esperanza. Orientaciones para una Pastoral Juvenil Latinoamericana*, Bogotá: Colección Documentos CELAM #161, 2001, p. 146.

20 “Pentecostés nos lleva a todos, y nos hace a todos reflexivos y conmovidos, mientras que en nuestras almas brilla un resplandor de nueva claridad, la ‘luz de los corazones’, llena de amor y verdad. Es la fiesta del Espíritu Santo, es la fiesta de la Iglesia naciente e imperecedera, es la fiesta de las almas iluminadas por la presencia divina interior. Es la fiesta de la sabiduría, la fiesta de la caridad, del consuelo, de la alegría, de la esperanza, de la santidad. Es la inauguración de la civilización cristiana, Pentecostés”. Pablo VI, “Vaticano II. Homilía por el domingo del Pentecostés”, 17 de mayo de 1970. Obtenido de: https://www.vatican.va/content/paul-vi/it/homilies/1970/documents/hf_p-vi_hom_19700517.html

21 “La devoción al Corazón de Jesús alimenta la esperanza en que ‘sobre las ruinas acumuladas por el odio y la violencia, se establezca la civilización del amor, el reino del Corazón de Cristo’”. Juan Pablo II, “Vaticano II. Mensaje al Preposito General de la Compañía de Jesús, P. Peter Hans Kolvenbach”, 5 de octubre de 1986. Obtenido de: http://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/letters/1986/documents/hf_jp-ii_let_19861005_preposito-francia.html

del amor” especialmente en esta hora de la historia en la que nos parece que el mundo entero atraviesa una profunda crisis de valores y de horizontes de esperanza para el futuro. En América Latina, la comunidad cristiana se proclamó a favor de una “nueva evangelización” promotora de la civilización del amor, en la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, celebrada en la ciudad de Puebla en 1979.

4. Naturaleza y esencia de la civilización del amor

El proyecto de una civilización del amor no ha de tratarse sólo como una simple estrategia de acción sino como una propuesta total que afecta todos los ámbitos de la existencia humana. Comienza con un cambio de actitud en el cual cada persona decide abandonar el egoísmo y entregarse al amor. Pero, como el hombre no es un ser aislado, dado que forma parte de una comunidad, este cambio de corazón trascenderá ineludiblemente hacia el prójimo (considerando que amar implica un alejamiento de la vida individual que, lejos de anularse, se enriquece en el encuentro con el otro) y abarcará todos los ámbitos de la existencia: el núcleo familiar (base de la civilización del amor), las relaciones personales, la vivencia de la fe, el compromiso sociopolítico, el libre esparcimiento, la ciencia, el arte, la cultura. En fin, la civilización del amor está ideada para vivir fraternalmente con todos en un ambiente de respeto y promoción de la dignidad de la persona humana, seguida de sus valores morales y espirituales. De igual modo, este modelo de sociedad fomenta el diálogo como un camino de convivencia entre los hombres, entre los pueblos y entre los diversos grupos humanos. El hombre se constituye como un ser dialógico, pues goza de una dimensión comunicativa y, por ende, de una radical apertura hacia los otros. Ya sea en la vida personal, en la vida grupal, en la vida institucional, en la vida social y en la vida internacional, la comunicación ejerce una enorme influencia, pues se instaura, justamente, como la base de esa relación, de ese vínculo. Un auténtico diálogo fundado en el amor presupone el respeto, la pluralidad como valor, la igualdad, la capacidad de escucha y aceptación, y es capaz de romper la coraza social que separa y sepulta la profundidad personal para dar paso a una conversación de gran intensidad, que absorbe totalmente a dos seres humanos, emergiendo entonces el intercambio y el encuentro como contemplación recíproca. A causa de ello surge la necesidad de llevar el fenómeno comunicati-

vo hacia un plano intercultural, a fin de lograr una civilización de solidaridad mundial.

En resumen, la civilización del amor se constituye como una visión del mundo que nace del Evangelio y está llamada a dar respuesta a las realidades y necesidades actuales. Entre sus principales objetivos se encuentra la transformación de las convicciones más profundas, los ideales y los valores éticos que rigen las relaciones humanas en todos sus niveles. Es cierto que el cristianismo, y especialmente el catolicismo, no constituyen un sistema sociopolítico y económico ni tampoco se trata de un sistema científico sino de una religión, mas su papel aquí es la de fungir como inspiración para la teoría y práctica de una civilización del amor por el simple hecho de que los ideales de igualdad y libertad, el respeto, la participación, la solidaridad, el esfuerzo permanente por la paz, el diálogo, la verdad, la vida y el amor como vocación humana provienen de ahí. La civilización del amor es una tarea que involucra a toda la sociedad, en donde sus integrantes trabajan aportando sus visiones, propuestas y valores (independientemente de los sistemas y estrategias que estén vigentes). Es entrega y servicio.

5. La propuesta basaviana en torno a una civilización del amor

a) La familia, base para construir la civilización del amor

La familia constituye la célula fundamental de la sociedad; ella es la expresión primera de comunión de personas humanas, y tal comunión es posible por la naturaleza social del ser humano que despliega sus cualidades en relación con los demás. Es aquí donde el hombre alcanza su plenitud personal, es decir, desarrolla su inteligencia y voluntad, ejerce su libertad y la capacidad de amar. La familia es importante para la civilización del amor pues este es el lugar donde la persona aprende a ser lo que es, convirtiéndose en la configuradora de la sociedad. Sobre esto, el Papa San Juan Pablo II nos dice:

El hombre no tiene otro camino hacia la humanidad más que a través de la familia. Y la familia debe ser puesta como el fundamento mismo de toda solicitud para el bien del hombre y de todo esfuerzo para que nuestro mundo humano sea cada vez más humano. Nadie puede sustraerse a esta solicitud: ninguna sociedad, ningún pueblo, ningún sistema; ni el Estado, ni la Iglesia, ni siquiera el individuo.²²

²² JUAN PABLO II, *Cartas a las familias*, Madrid: BAC, 1994, p. 339.

El papel de la familia consiste, pues, en hacer posible la sociedad humana, y esto es posible a través de su función educadora, enseñando a cada uno de sus miembros a ser personas cumplidas y comportarse como tales en el seno de la agrupación civil general y cada una de las asociaciones intermedias. Por eso, “según es la familia, así es la nación, porque tal es el hombre”.²³

No obstante, y pese a su gran labor, la familia también ha entrado en una profunda crisis ideológica y existencial. Las constantes modificaciones tecnológicas y sociales, el ritmo veloz de la vida, las formas generalizadas de violencia, la carencia de comunicación real en favor de la virtual, el impulso consumista global, la banalización de los sentimientos y el creciente escepticismo religioso, han llevado a dicha institución al arrinconamiento y la fragmentación. Del mismo modo, como un microcosmos que reproduce lo que sucede en el exterior, la familia no se ha quedado al margen ante la espiral de cambios que estamos viviendo y que, de una u otra forma, han puesto en entredicho algunos de sus valores tradicionales. En efecto, hasta hace apenas unas décadas sólo podía hablarse de un modelo “típico” de familia; hoy ésta es, quizás, solo “una más” de los tantos modelos o formas familiares que actualmente existen. Al respecto, la Iglesia, si bien ha mostrado cierta tolerancia ante los emergentes modelos familiares, lo cierto es que continúa renuente. Las razones de ello no se abordarán aquí. Sin embargo, permítasenos transcribir la bella reflexión de Díaz:

Ante este nuevo reto, ni el indiferentismo religioso ni la intransigencia excluyente. Hay que saber convivir, en la familia, no sólo con quienes han perdido la fe, sino con quienes, la tengan o no, no se comportan de acuerdo con sus exigencias y adoptan comportamientos contrarios, o al margen, de la doctrina y moral católica. En ambos casos hay que tener presente que la comprensión, la cercanía y el diálogo paciente no siempre solucionarán todos los problemas. Pero sin la cercanía, sin comprensión y sin diálogo no se arregla nunca nada.²⁴

23 CASAS, P., *Amor es nombre de persona en Karol Wojtyła*, Madrid: Herder, 2018, p. 339.

24 DÍAZ, J.M., “Nuevos problemas morales en la familia: cercanía cristiana a las familias rotas”, en: PEDRO-VIEJO A.; BENGOCHEA, B. (Coords.), *Horizontes de la familia ante el siglo XXI*, Madrid: Universidad Pontificia Comillas, 2011, p. 64.

La civilización del amor, requerirá el apoyo de la familia (de todas ellas) para su cabal consecución. Será compromiso de todos por sostener a la familia como una comunidad de amor y vida y el trabajo para afianzar una “nueva cultura de la vida humana, para la edificación de una autentica civilización de la verdad y el amor”.²⁵ Este es también el sentir de Agustín Basave, para él la familia: “fuente de vida y de educación, es una institución directamente surgida de la naturaleza y debe ser estimulada y favorecida en su unidad, estabilidad, fecundidad y prosperidad”.²⁶

b) Iglesia, Estado y sociedad: La conformación de una comunidad internacional

¿Qué diferencia existe entre los postulados otorgados por el pensamiento cristiano para la edificación de una civilización del amor y el proyecto ideado por Agustín Basave? Recordemos que nuestro autor, además de ser un filósofo, se desempeñaba como jurista, de ahí que se advierta un especial interés por denotar los aspectos políticos de dicha propuesta. En sus palabras: “La civilización del amor no puede prescindir de la vida cívica.”²⁷

Ya se mencionó con anterioridad que los hombres se constituyen como seres dialógicos porque sienten la necesidad de comunicarse con otros y existir en común. Esta tendencia de las personas y de los pueblos a estrechar relaciones entre sí ha devenido en distintas formas de agrupación, siendo el Estado una de sus más altas. Al respecto, el filósofo regiomentano nos dice que: “El Estado tiene una misión superior a otras agrupaciones humanas de orden temporal, tanto por su extensión como por su misión. Abarca, y de cierta manera rige, a familias, municipios sindicatos e instituciones diversas”.²⁸ Si bien es cierto que el Estado posee plena autoridad, en su territorio, para “coordinar la actividad de los particulares, mantener la seguridad pública con tribunales y policía y realizar la justicia y la paz”,²⁹ lo cierto es que también posee relaciones de interdependencia con otros estados, requiriendo así de los mismos valores que orientan a los seres humanos entre sí: verdad, justicia, solidaridad, libertad, etc., y también del Derecho como instrumento de garantía del orden internacional.

25 SALAMANCA, G., *La familia: ser de Dios y de la comunidad humana*, Bogotá: Universidad Santo Tomás, 2016, p. 245.

26 FERNÁNDEZ DEL VALLE, A., *La civilización del amor...*, p. 240.

27 FERNÁNDEZ DEL VALLE, A., *La civilización del amor...*, p. 242.

28 FERNÁNDEZ DEL VALLE, A., *La civilización del amor...*, p. 242.

29 FERNÁNDEZ DEL VALLE, A., *La civilización del amor...*, p. 242.

De este modo, la convivencia entre las comunidades políticas que, individualmente buscan el bien común de sus ciudadanos, esto es, el conjunto organizado de las condiciones sociales que permiten a las asociaciones y a cada uno de sus miembros cumplir con su destino natural y espiritual, se erigen en una comunidad internacional que, idealmente, habría de tender colectivamente hacia el bienestar de todos los pueblos. Para Agustín Basave la edificación de una comunidad internacional solidaria es de hecho asequible siempre y cuando se entienda que el bien común no se detiene en la simple suma de bienes particulares de cada sujeto del cuerpo social, sino que, al ser de todos y de cada uno, es y permanece común, porque es indivisible y porque sólo así, en comunión, es posible alcanzarlo, acrecentarlo y preservarlo con miras al futuro. En suma, el bien común de una nación es inherente al bien de toda la familia humana.

No obstante, para que la convivencia entre las naciones pueda realizarse de manera eficaz y armónica, resulta imperativa la conformación de un *orden internacional*, el cual ha de estar fundado en la forma más alta y más noble de relación de los seres humanos entre sí, a saber, el ideal de amor. Agustín Basave añade al respecto que: “sólo cuando el amor es la tónica dominante, el ingrediente superior de una comunidad, cabe decir que hemos llegado a una civilización del amor”.³⁰ El amor, en tanto que principio supremo, da paso inmediato a la justicia y la disciplina. Por ello, el orden internacional deberá ser regulado, además, por una ley humana general, buena, valiosa y racional. Esta *ley moral universal* escrita en los corazones de los hombres no es más que el compendio de aquellos principios ecuménicos formulados por la reflexión jurídica y teológica, y vinculados al derecho natural como la unidad del género humano, la igual dignidad de todos los pueblos, el rechazo de la guerra para superar las controversias, la obligación de cooperar al bien común, la exigencia de mantener los acuerdos suscritos, etc. Su cabal seguimiento asegura un orden justo y, con ello, la paz, la libertad, la integridad y la seguridad entre todos los estados del mundo; en modo contrario, su violación ocasionará la destrucción entre los seres humanos.

A propósito, resulta interesante la defensa que efectúa Basave Fernández del Valle con respecto a la idea de una integración (mas no una fusión) de los poderes de la Iglesia y el Estado. Para el filósofo, ambas instituciones son realmente independientes y autónomas,

³⁰ FERNÁNDEZ DEL VALLE, A., *La civilización del amor...*, p. 299.

cada una en su propio ámbito. En consecuencia, resulta simplemente infructuoso tratar de probar cuál de sus fines es superior en relación al otro; antes bien, ha de recordarse que estas dos sociedades se hallan al servicio de la vocación humana, personal y social, y también el que ambas estructuras descansan sobre los fundamentos de la justicia y el amor. Así pues, retomando nuevamente el parecer de nuestro autor:

las realidades temporales y las realidades sobrenaturales están estrechamente unidas entre sí. La Iglesia se sirve, para el cumplimiento de su misión, de medios temporales. El Estado, si quiere realizar en plenitud la seguridad, la justicia y el bien común, instaura una política que favorezca la concordia, el amor, la paz.³¹

En definitiva, el conseguimiento de objetivos tan ambiciosos como la libertad y la integridad de las naciones; la consecución y mantenimiento de un ambiente de paz, respeto y comprensión mutua entre los pueblos; la exaltación de la dignidad y la igualdad de todos los hombres; el reparto equitativo de los bienes de la tierra; el rechazo de la guerra y la puesta en práctica del desarme (en suma, la construcción de una auténtica civilización del amor) no se verán consolidados hasta que cada persona, cada pueblo, estado y nación tiendan a superar todo egoísmo, y muestren una preocupación real y conjunta por el restablecimiento y consolidación de una genuina comunidad internacional que sea capaz de romper con todas las barreras de indiferencia y de odio. Es fundamental, a este respecto, la responsabilidad de la educación. Ésta ha de fomentar en los hombres la transformación gradual de sus corazones: “cuando el ciudadano ya ha sido educado para la civilización del amor –nos dice Basave– no le es difícil experimentar ese recóndito afán de entregarse, de expandirse y de gozarse con esta expansión”.³²

c) La educación para el amor

“Tras la familia que es la primera, la educación es la segunda manifestación humana en orden de prioridad, de importancia. Y como la familia, la educación es condición de posibilidad de las demás manifestaciones humanas: ética, lenguaje, trabajo, etc.”.³³ Atendiendo a su

31 FERNÁNDEZ DEL VALLE, A., *La civilización del amor...*, p. 214.

32 FERNÁNDEZ DEL VALLE, A., *La civilización del amor...*, p. 219.

33 SELLÉS, J.F., *Antropología para inconformes*, Madrid: RIALP, 2011, p. 348.

sentido etimológico, la palabra *educación* proviene del sustantivo latino *educatio* y este a su vez del verbo *educ*, “extraer”. Es por eso que la educación va más allá de la mera instrucción, el adoctrinamiento manual o intelectual, ya que posee como objetivo primordial la extracción y el desarrollo de perfectibilidades. Efectivamente, bajo el carácter inacabado, imperfecto y menesteroso del ser humano yace en él un enorme potencial, susceptible de actualización; una serie de virtualidades que, a través de la acción educativa, llegan a su cabal desarrollo. Esto no quiere decir otra cosa, sino que el fin último de la educación es lograr la perfección del *hombre qua hombre*, es decir, el cultivo de su inteligencia, memoria, sensibilidad estética, el cuidado físico y buenas maneras, así como la adquisición de los conocimientos y las habilidades necesarias para ejercer, llegado el momento, su vocación personal e inalienable, permitiéndole además enriquecerse espiritualmente y ser feliz, es decir, que alcance su estado de plenitud de forma integral.

Para Agustín Basave Fernández del Valle educar y aprender son manifestaciones del amar personal: “educar significa transmitir lo mejor de uno mismo y hacer verdad en la propia existencia lo que se quiere enseñar a otros, para que aprendan a aprender a ser hombres cabales entre los hombres”.³⁴ El educador (sea miembro de la familia o de otro tipo de institución, así como la sociedad y Estado en general) tiene que, ante todo, amar de verdad, para que de esa manera pueda transmitir lo mejor de sí y sepa penetrar en la realidad del educando, no a través de la imposición y la violencia, sino justamente con la libertad del amor.

De esta suerte, siguiendo con la propuesta de Agustín Basave, el maestro entregado en el ideal del amor le dedica al alumno más de lo que posee intelectualmente; a cambio, el alumno al aprender, retribuye la donación amorosa del profesor. Este vínculo amoroso permite entre ambos una auténtica *pedagogía del encuentro*, esto es, una enseñanza que incite un enfrentamiento, dicho sea de un modo más claro: “una mutua sacudida psíquica, un enajenarse cada cual en el otro [...] desatendiendo cuanto ocurra en torno, y un resultar ambos enriquecidos, modificados, transformados”.³⁵

El impacto que posee la educación no sólo para la civilización del amor, sino para el cabal desarrollo y progreso de personas y sociedades resulta ser entonces esencial. Por eso, es deber de todas

34 FERNÁNDEZ DEL VALLE, A., *La civilización del amor...*, p. 222.

35 FERNÁNDEZ DEL VALLE, A., *La civilización del amor...*, p. 219.

las formas y elementos que integran a la comunidad diseñar e implementar una educación en la cual –citando de nueva cuenta al regiomontano– “los diplomas no sirvan para demostrar únicamente adquisiciones intelectuales en alguna época de la vida, sino que nos hablen de todo el ser humano”;³⁶ una educación que contemple al hombre en función del bien común –sin despersonalizarlo– pero también que el bien común se halle en función del último fin de la persona humana: “Porque el hombre es, relativamente, para el Estado y para la sociedad, pero el Estado y la sociedad son absolutamente, para el hombre”.³⁷ En suma, lo que Agustín Basave nos propone es una educación que sea amorosa, que se entregue, una educación para el amor.

6. La civilización del amor fundada en el Estado de Michoacán

Sin lugar a dudas, la civilización del amor representa el ideal sobre el cual habría de inspirarse la vida cultural, social, política y económica de nuestro tiempo. De hecho, no es de sorprender que tal propuesta sea considerada como la “utopía” que la Iglesia Católica, como pueblo de Dios, le propone a los hombres y mujeres, con la esperanza de dirigir los esfuerzos de la comunidad hacia la construcción de un mundo más humano, más justo y más fraterno, pero ¿acaso el proyecto de una civilización fundada en el amor no será más que una idealización irrealizable? Desde luego, existen opiniones encontradas al respecto, posturas que tachan a este modelo como una mera fantasía, y otras que, de forma opuesta, la consideran como un objetivo real y, más aún, como una tarea y una vocación diaria y permanente. Agustín Basave Fernández del Valle, a propósito, va mucho más lejos, al afirmar que dicha teoría es ya una realidad tangible con un antecedente histórico conocido. Para demostrar lo anterior, el filósofo nos invita a volver la mirada hacia una realidad que se dio justo aquí, en nuestro propio territorio mexicano.

En efecto, Agustín Basave está convencido de la existencia de un primer acercamiento hacia la estructura, funcionamiento y ámbito de la civilización del amor que se desarrolló en el Estado de Michoacán en el siglo XVI, en tiempos de la dominación española. A partir del año 1525 llegaron los primeros frailes franciscanos a esa región (uniéndose más tarde los religiosos agustinos, en 1538) para dar comienzo

36 FERNÁNDEZ DEL VALLE, A., *La civilización del amor...*, p. 224.

37 FERNÁNDEZ DEL VALLE, A., *La civilización del amor...*, p. 225.

a la llamada “conquista espiritual”, o sea, la evangelización o conversión de los antiguos habitantes indígenas a la religión cristiana. Luego, a medida que comenzó a organizarse y estructurarse el nuevo orden colonial, Michoacán se erigió como obispado independiente de México, teniendo como primera sede la ciudad de Tzintzuntzan y como primer obispo efectivo al Abogado Vasco Vázquez de Quiroga y Alonso de la Cárcel (Vasco de Quiroga), quien tomara posesión de su cargo en 1538.

Ante el clima de violencia y opresión preponderante, Vasco de Quiroga, más que fungir como un gobernador, se convirtió en un conciliador y civilizador. A través de la Evangelización, buscó la reconquista espiritual de Michoacán y, a la postre, sentar las bases de una sociedad católica ideal. En primer lugar, y haciendo gala de su crédito como jurisconsulto, se opuso firmemente a la esclavitud y luchó por la justicia de la población indígena:

Tampoco cabe justificar la esclavitud de los esclavos que denominan de rescate. Sería el caso para los indios, de salir de una tiranía para entrar en otra ¿Acaso no son súbditos de Su Majestad católica? Por supuesto hay hombres perversos a quienes no conviene que los indígenas “sean tenidos por hombres sino por bestias”.³⁸

En segundo lugar, Vasco de Quiroga se dedicó a catequizar a los indígenas, pero sin despojarlos totalmente de su cultura, pues creía que no era necesario hispanizarse para ser cristiano. En su lugar, propuso una reformulación de la cultura indígena en su conjunto a fin de sentar ahí las bases de un nuevo reino de Dios. Así, mediante una labor persuasiva, recorrió la provincia de Michoacán con el fin de atender a las necesidades de estos *pobres vencidos*: organizando a los pueblos; estableciendo hospitales y abriendo escuelas; convenciéndoles de que sus dioses no podían ser aquellos bultos que –de hecho– debían su ser a sus propias manos; instándolos al abandono de su vida de nómadas para entregarse a la convivencia civilizada y exhortándolos a la celebración del bautismo. La respuesta, según lo que nos narra Basave Fernández del Valle, fue inesperadamente positiva: “se entregaron enteramente y sin reservas a todo lo que dispusiera el oidor para su policía y civilidad, asignándole un lugar donde pudiera fundar el hospital”.³⁹

38 FERNÁNDEZ DEL VALLE, A., *La civilización del amor...*, p. 248.

39 FERNÁNDEZ DEL VALLE, A., *La civilización del amor...*, p. 252.

La labor humanista de Vasco de Quiroga tiene su culmen en la instauración de los llamados hospitales-población, a través de los cuales trató de estructurar una comunidad verdaderamente cristiana, al modo de las primitivas congregaciones de los seguidores de Cristo. Inspirado en la *Utopía* de santo Tomás Moro, la *República* de Platón, en los profetas bíblicos y en las propias tradiciones de los indios de América, primordialmente, y movido por la piedad tras conocer la miseria, desamparo y opresión en que se encontraban aquellos naturales, Vasco de Quiroga fundó en 1532, con su propio salario, en el poblado de Santa Fe de la Laguna de Michoacán (aproximadamente a dos leguas de la Ciudad de México), un “hospital de cuna” y junto a él un colegio. Ambos actuaban de forma simultánea para atender eficaz y oportunamente a la población, curando sus cuerpos e instruyéndolos en trabajos provechosos y en última instancia para organizar la vida religiosa, económica y social de los indios. No obstante, don Vasco de Quiroga quiso aprovechar al máximo el potencial de la naciente comunidad y ensayó un nuevo tipo de sociedad a la que denominó “republica del hospital”. A través de una serie de ordenanzas que el oidor confió a sus habitantes a fin de lograr una perdurable convivencia y una eficiente protección, se conformó una especie de gobierno semiautónomo y autosustentable en donde se combinaba excepcionalmente en un solo sistema la organización del culto religioso con el gobierno civil de la república de los indios.⁴⁰ Ayudándonos con las palabras de Rincón para clarificar lo anterior: “esta notable institución, era algo así como un sindicato industrial, agrícola, comunista o colectivista, sui generis, una enorme cooperativa basada en la religión, por supuesto”.⁴¹ Para Basave Fernández del Valle, los “pueblos-hospitales” con sus respectivos estatutos se ofrecen como una propedéutica de la salvación y, más aún, como una auténtica doctrina social católica. Hay que tener en cuenta que Vasco de Quiroga instituyó una democracia que tenía como unidad básica a la “familia”, es decir, una pequeña comunidad o célula social (generalmente de 10 a 12 personas) que

40 Cabe señalar que esta forma de organización política y económica gozaba del reconocimiento de teólogos y juristas de la Conquista, quienes dieron derecho a la soberanía regional, respetando las leyes y costumbres ancestrales y la libertad de autoexpresión en tanto no entraran en contradicción con el derecho y la teología hispanos. No obstante, la llamada “república de los indios” tuvo su ocaso con la promulgación de la Constitución Política de la Monarquía Española, promulgada en Cádiz en el año de 1812. Cf. MÜNCH GALINDO, GUIDO, *La organización ceremonial de Tehuantepec y Juchitán*, México: UNAM, 2006, p. 77.

41 ZEPEDA, T., *La educación pública en la Nueva España*, México: Progreso, 1993, p. 77.

compartían la vivienda bajo las órdenes de uno de sus miembros, el “padre de familia”, al que se le consideraba de mayor dignidad y prudencia. Es justo aquí, en este tipo de sociedad, en donde yace el centro y el corazón de la civilización del amor, debido a la particular cercanía e intensidad de los vínculos que se instauran en ella entre las personas y las generaciones. Tan es así que, siguiendo la línea del pensamiento cristiano, “la familia es capaz de superar la deriva individualista de la libertad absoluta y centrar los objetivos en la comunión de las personas. Es capaz de enseñar a amar y educar en el amor”.⁴² Para Agustín Basave, una democracia desarrollada bajo tal espectro (así como la ejecutó el obispo de Michoacán) será, antes que una forma política de gobierno, una forma de convivencia humana y sobre todo una vocación del hombre que culmina, en lo político, con la realización práctica de los postulados éticos de la coparticipación, la corresponsabilidad y de la ayuda recíproca. Tal vocación, recuperando aquí el parecer del filósofo regiomontano:

Supone el reconocimiento y la protección de los derechos de la persona. Lleva en su plenitud el ser dialógico del hombre. Sirve como instrumento para la cabal realización personal. Hace del humano –y no del Estado– la base y el fin de la estructura política. Pide la adhesión de seres libres y erige la persuasión en método. Permite subsistir la variedad de opiniones políticas y prohíbe la bárbara mutilación de los sectores sociológicos disidentes.⁴³

Por consiguiente, los bienes terrenales perseguidos por la población-hospital eran salvaguardados y ordenados no atendiendo a intereses particulares, antes bien a las necesidades del género humano y de todos los hombres. Sin embargo, esta forma de comunismo primitivo que concibe “Tata Vasco” en donde nadie es dueño de nadie ni de nada y no se conoce el hambre o el dinero, nada tiene que ver con los fundamentos y consecuencias del materialismo dialéctico de Marx pues, al estar fundado en el amor de Dios, en el deseo de servirle mejor y, por amor a Él, al prójimo, la distribución de los bienes se hacía siempre voluntariamente y no bajo coacción de ninguna autoridad estatal, manteniendo con ello la esperanza de alcanzar una sociedad de bienestar y felicidad para todos los habitantes. Para

42 SÁNCHEZ, J., “Familia e Iglesia: una relación fecunda e inagotable”, en: PELLITERO, R. (Coord.), *La Iglesia como familia de Dios*, Madrid: RIALP, 2010, p. 143.

43 FERNÁNDEZ DEL VALLE, A., *La civilización del amor...*, p. 262.

Agustín Basave, el cuantioso mérito del Primer Obispo de Michoacán se debe a que no sólo nos ofreció con su proyecto un arrobamiento místico, sino una completa reforma de la vida material. A él se le debe el haber ensayado por vez primera –y al parecer del filósofo regiomontano, de modo exitoso– u proyecto de una civilización del amor. A propósito, este hecho nos ha permitido formular la siguiente interrogante: ¿acaso el dilema acerca de la originalidad y método del pensamiento latinoamericano que se mencionó al inicio de este ensayo tendrá su resolución en la civilización del amor?

7. América Latina y el destino de la civilización del amor.

Desde sus orígenes, nuestro continente se ha visto envuelto en una especie de claroscuro: por una parte, tras su “descubrimiento” en 1492, los europeos la han contemplado como una *tierra de anhelo*, un lienzo en blanco sobre el cual sería edificado un nuevo orden social, una nueva civilización sustentada en los ideales de libertad, justicia y fraternidad. No obstante, las buenas intenciones y esperanzas que misioneros, aventureros, juristas y teólogos tenían hacia los “nobles salvajes” que habitaban este pacífico, receptivo y prácticamente paradisiaco *Nuevo Mundo*, derivaron, en su mayoría, en la aplicación de ciertas políticas diversas respecto a la religión, las formas de gobierno, el intercambio de lengua, entre otras. Medidas que dieron pie al despojo y sometimiento violento, así como la posterior esclavización de nuestros pueblos. “La conquista –como expresa Rojas– representó la negación de todos los referentes culturales de las civilizaciones y culturas existentes. Introdujo el desconcierto total en esa civilización, y creó un profundo problema de identidad”.⁴⁴ Incluso hoy, América Latina hace manifiesto el anhelo romántico por conseguir una sociedad ideal a través de sus luchas sociales, tales como el zapatismo en México, los cocaleros en Bolivia, los indígenas en Ecuador, los piqueteros en Argentina, los sin tierra en Brasil, etc. “Si hay una expresión –expresa por su parte Delgado– que plasme el *ethos* de las culturas latinoamericanas en los últimos 500 años, esta sería el hambre y sed de justicia y fraternidad universal”.⁴⁵ Paradójicamente,

44 ROJAS, M., *Los cien nombres de América. Eso que descubrió Colón*, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1997, p. 394.

45 DELGADO, M., “América Latina como tierra de la justicia y de la fraternidad universal”, en: Hurtado J. (Dir.), *Derecho penal y pluralidad cultural. Anuario de Derecho Penal 2006*, Perú: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2007, p. 358.

la región latinoamericana junto con el Caribe pertenece al mundo en vías de desarrollo y, aunque goza de un nivel económico y social bastante mejor que el de África y de gran parte de Asia, es considerada como la más violenta y desigualitaria del mundo, con las mayores concentraciones de riqueza en pocas manos y altísimos niveles de pobreza extrema.

Con todo, América Latina sí parece estar llamada a ofrecer al mundo un nuevo modelo de civilización, al menos para los círculos eclesiales. En 1968 Pablo VI, visitó por vez primera tierras americanas y allí en Colombia, durante la II Conferencia episcopal latinoamericana, anunció la *buena nueva* para los pueblos de América descubriendo en ellos su identidad más profunda:

Hemos venido a Bogotá para rendir honor a Jesús en su misterio eucarístico y sentimos pleno gozo por haber tenido la oportunidad de hacerlo, llegando también ahora hasta aquí para celebrar la presencia del Señor entre nosotros, en medio de la Iglesia y del mundo, en vuestras personas. Sois vosotros un signo, una imagen, un misterio de la presencia de Cristo. El sacramento de la Eucaristía nos ofrece su escondida presencia, viva y real; vosotros sois también un sacramento, es decir, una imagen sagrada del Señor en el mundo, un reflejo que representa y no esconde su rostro humano y divino.⁴⁶

Para todo un continente que vive bajo un contexto socio-histórico de dominación y opresión, saber que de algún modo Jesucristo está en y con ellos resulta por demás salvífico, pues ilumina su dignidad, los ayuda en sus esfuerzos de liberación y los conmina a la comunión con el Padre y con el resto de los hombres.

Más tarde, Juan Pablo II exhortó a los Obispos de América Latina congregados en Puerto Príncipe, Haití, en la XIX Asamblea Ordinaria del Celam, a emprender una *nueva evangelización*.⁴⁷

46 PABLO VI, "Vaticano II. Peregrinación apostólica a Bogotá. Santa misa para los campesinos colombianos. Viernes 23 de agosto de 1968". Obtenido de: http://w2.vatican.va/content/paul-vi/es/homilies/1968/documents/hf_p-vi_hom_19680823.html

47 Juan Pablo II habló por primera vez de "Nueva Evangelización" el 9 de junio de 1979 en Nowa Huta, barrio industrial de Cracovia, sin embargo –tal como lo declara Antonio González Dorado– esta idea ya se había gestado de un modo original y autóctono en las Iglesias de nuestro continente: "El movimiento

La conmemoración del medio milenio de evangelización –expresa el Papa– tendrá su significación plena si es un compromiso vuestro, como obispos, junto con vuestro presbiterio y fieles; compromiso no de reevangelización, pero sí de una Evangelización Nueva. Nueva en su ardor, sus métodos y en su expresión.⁴⁸

Con esto, Juan Pablo II no pretende desacreditar los logros obtenidos de la primera evangelización iniciada en 1492, sino profundizarlos y complementarlos corrigiendo las deficiencias anteriores, al expresar la necesidad de una nueva forma, no convencional, no rutinaria que permita que el mensaje de Jesucristo llegue a personas y sectores que no están siendo suficiente y eficazmente considerados.

Así, la nueva evangelización de América Latina, consciente más que nunca de las dificultades más urgentes como la pobreza, la explotación, la miseria, la marginalidad y la exclusión, muestra una opción preferencial hacia la población más afectada, los pobres. Ellos, los indigentes, oprimidos y marginados, víctimas de la injusticia y la falta de solidaridad, son parte de la realidad socio-histórica de nuestro continente, pero también representan las semillas de cambio, pues son ellos justamente los que claman justicia, se organizan, provocan la libertad, invocan servicio y viven integralmente su fe. La misión de la Iglesia, entonces, no deberá limitarse a una simple actitud de buen corazón o de asistencia social, sino que, en solidaridad, ha de denunciar la opresión que sufren y procurar la justicia hacia y con ellos, colaborando así en su liberación humana integral.

En suma, América Latina es y siempre ha sido para la Iglesia la tierra desde la cual han de gestarse las bases de una nueva civilización. En el pasado, se tenía la vocación de hacer de nuestro continente un mundo distinto al de Europa a través de la exclusión de sus habi-

surge en América Latina hace varias décadas, inicialmente sin nombre, ante la nueva situación epocal en la que se encuentra el continente y sus archipiélagos. Se desarrolla progresivamente, pretendiendo ser fiel a las enseñanzas y valores positivos de su evangelización fundante, y manteniendo un constante diálogo con las nuevas aportaciones de la Iglesia Universal y especialmente con la Iglesia de Roma. A través de los años, el movimiento se ha hecho vida, reflexión, documentos y nombre. Es lo que aparece ante el Papa el 28 de enero de 1979, en su primer encuentro con las Iglesias Latinoamericanas en la conferencia de Puebla”. GONZÁLEZ DORADO, ANTONIO, “La nueva evangelización de América Latina”, en: *Estudios eclesíasticos: revista teológica de investigación e información*, Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de Comillas, 67(262-263), 1992, p. 399.

48 JUAN PABLO II, “Vaticano II. Discurso a la Asamblea del CELAM”. Miércoles 9 de marzo de 1983. Obtenido de: http://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/speeches/1983/march/documents/hf_jp-ii_spe_19830309_assemblea-celam.html

tantes del contacto de los vicios y errores de éste, y ponerlos a vivir en un nuevo medio social y espiritual conforme el Evangelio y las proyecciones de los utopistas (siendo el ejemplo más palpable la implementación de los hospitales-pueblo de Michoacán). Ahora, ante un clima de anhelo de emancipación total, la Iglesia, a través de su proyecto de una nueva evangelización, busca originar cambios profundos en la conciencia colectiva de los pueblos de América Latina y hacer surgir en ellos una gran fuente de esperanza que sea capaz de reflejarse en nuevas y más justas estructuras sociales. Esa esperanza, para el Papa Juan Pablo II, tiene un nombre: *Civilización del amor*.⁴⁹ También, en esa idea converge Agustín Basave: “Hay este anhelo esperanzado amor al destino, entrega amorosa a un orden universal. Ésa y no otra es la civilización del amor, que podremos instaurar si nuestro ánimo no decae”.⁵⁰

Adjuntamos, a propósito, un fragmento del mensaje a los pueblos de América Latina, pronunciado en la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano celebrada en Puebla de los Ángeles, México en 1979, pues creemos aquí se engloba muy bien tanto el anhelo libertario que identifica a los pueblos americanos, la solidaridad de la iglesia, así como la realización de este nuevo proyecto:

La civilización del amor repele la sujeción y la dependencia perjudicial a la dignidad de América Latina. No aceptamos la condición de satélite de ningún país del mundo, ni tampoco de sus ideologías propias. Queremos vivir fraternalmente con todos, porque repudiamos los nacionalismos estrechos e irreductibles. Ya es tiempo de que América Latina advierta a los países desarrollados que no nos inmovilicen; que no obstaculicen nuestro propio progreso, no nos exploten; al contrario, nos ayuden con magnanimidad, a vencer las barreras de nuestro subdesarrollo, respetando nuestra cultura, nuestros principios, nuestra soberanía, nuestra identidad, nuestros recursos naturales. En ese espíritu, creceremos juntos, como hermanos de la misma familia universal.⁵¹

49 Cf. EGUIGUREN, J., “La Evangelización del Nuevo Mundo. Implicaciones y perspectivas de la *Civilización del amor*. Perspectiva evangelizadora”, en *Corintios XIII Revista de Teología y pastoral de la caridad*, 42-43, abril-septiembre, 1987, p. 138.

50 FERNÁNDEZ DEL VALLE, A., *La civilización del amor...*, p. 233.

51 VV.AA. Puebla. *Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, Perú: Paulinas, 2005, p. 47.

Conclusión

¿Cómo lograr la realización de ideales? Se pregunta Agustín Basave casi al término de la obra que hemos venido analizando a lo largo de estas páginas. Con esta interrogante nos parece que el autor externa su inquietud sobre si este modelo social, fundado sobre valores universales de paz, solidaridad, justicia y libertad que es la civilización del amor, tiene cabida en una realidad internacional y local constituida estructuralmente sobre principios y fundamentos opuestos a los del amor y fraternidad, a saber, el individualismo, la competencia y el afán de ganancias materiales o de poder.

Vivimos en un mundo que se antoja cansado, agotado, que ya no piensa en cambios o en revoluciones ni en la construcción de un mundo colectivo prospero. “El hombre medio –denuncia el Doctor Basave–, el hombre de la calle, piensa tan sólo en fines próximos sin relacionarlos con el último fin del hombre [...]. Todo resulta vano porque es un mundo vano, porque es una *civilización sin amor*”.⁵²

No obstante, aunque hayan muerto muchas de sus ilusiones y se haya empobrecido en más de un sentido, el hombre no ha muerto, sigue vivo y continúa deseando un mundo mejor, una sociedad más justa y un modo de ser más caritativo y humano. Ese impulso es el que ha llevado a toda la humanidad a ensayar muchas otras civilizaciones en todos los siglos que nos preceden. Aun así, la sola ilusión de cambio no basta, es preciso además fundamentarla. La idea de cambio hacia algo que mejore el modelo actual, que invente un futuro diferente supone un proyecto de transformación social, económico, político, ético y religioso, y para ello se requiere de una transformación interior de la persona humana, un cambio tanto en sus formas de pensamiento, expresión y acción que a su vez se proyecte en una renovación social. La clave está, según Agustín Basave, en una educación para el amor, esto es, el reconocimiento del ser humano como un *ens amans* y el esfuerzo constante para que cada individuo pueda realizarse en su ser como en su quehacer y en su propia perfección. La familia funge aquí un papel primordial; siendo la primera escuela de los hombres, deberá estar también orientada hacia el amor, a fin de transmitir las virtudes necesarias que coadyuven en el proceso de desarrollo y autorrealización del hombre. Citando aquí a Juan Pablo II: “El futuro depende, en gran parte de la familia, lleva consigo el porvenir mismo de la sociedad; su papel especialísimo es el de con-

⁵² FERNÁNDEZ DEL VALLE, A., *La civilización del amor...*, p. 269.

tribuir eficazmente a un futuro de paz”.⁵³ Asimismo, resulta imperativa la cooperación de los pueblos con una política de cooperación. Sólo así, siguiendo con el pensar de Basave: “llegaríamos a una socio-síntesis pacífica y amistosa, aunque tendría que cambiar el sistema internacional y organizarse una política nueva a escala mundial. La globalización nos pide una nueva agenda”.⁵⁴

La civilización del amor es en definitiva una utopía, sin embargo, Agustín Basave Fernández del Valle nos ha mostrado que utopía refiere aquí no a un lugar irreal, sino, más bien, a la llama de un anhelo que rebrota en cada ser humano: “La civilización del amor se construye desde el corazón mismo de cada persona humana que quiera llegar a su cabal desarrollo individual y social.”⁵⁵ La civilización del amor no es, en suma, una quimera irrealizable, dado que existe un primer intento registrado, un vestigio histórico en la reforma emprendida por Vasco de Quiroga en Michoacán: “Lo que en Europa fue imposible, en México se hizo realidad”,⁵⁶ afirma nuestro autor, al tiempo que nos señala también la posibilidad de que dicho proyecto de vida y de orden social se convierta incluso en un rasgo original e identitario del continente americano: “Por el horizonte veo alzarse hombres de todas las clases y de todos los puntos cardinales de México, de América Latina y del mundo. Son amantes de la civilización del amor que llevan la luz del conocimiento y del amor”.⁵⁷

El mundo enfrenta un momento decisivo y es momento de actuar. “Todos los que no hemos perdido la esperanza de un mundo mejor y de una sociosíntesis pasiva y amistosa sabemos que la civilización del amor puede ser construida y preservada”.⁵⁸

53 JUAN PABLO II, “Vaticano II. Ángelus. Fiesta de la sagrada familia”. 26 de diciembre de 1993. Obtenido de: http://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/angelus/1993/documents/hf_jp-ii_ang_19931226.html

54 FERNÁNDEZ DEL VALLE, A., *La civilización del amor...*, p. 287.

55 FERNÁNDEZ DEL VALLE, A., *La civilización del amor...*, p. 305.

56 FERNÁNDEZ DEL VALLE, A., *La civilización del amor...*, p. 305.

57 FERNÁNDEZ DEL VALLE, A., *La civilización del amor...*, p. 232.

58 FERNÁNDEZ DEL VALLE, A., *La civilización del amor...*, p. 307.

Bibliografía

- AGUAYO, E., “El concepto de filosofía de Agustín Basave Fernández del Valle”, en: RANGEL A.; RODRÍGUEZ A.S.; CANTÚ C. (Comps.), *Vida y pensamiento del Dr. Agustín Basave Fernández del Valle*, Universidad Autónoma de Nuevo León, 2007.
- CASAS, P., *Amor es nombre de persona en Karol Wojtyla*, Madrid: Herder, 2018.
- CELAM, *Civilización del amor, Tarea y Esperanza. Orientaciones para una Pastoral Juvenil Latinoamericana*, Bogotá: Colección Documentos CELAM #161, 2001.
- DELGADO, M., “América Latina como tierra de la justicia y de la fraternidad universal”, en: HURTADO J. (Dir.), *Derecho penal y pluralidad cultural. Anuario de Derecho Penal 2006*, Perú: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2007.
- DÍAZ, J.M., “Nuevos problemas morales en la familia: cercanía cristiana a las familias rotas”, en: PEDRO-VIEJO A.; BENGOCHEA, B. (Coords.), *Horizontes de la familia ante el siglo XXI*, Madrid: Universidad Pontificia Comillas, 2011.
- EGUIGUREN, J., “La Evangelización del Nuevo Mundo. Implicaciones y perspectivas de la *Civilización del amor*. Perspectiva evangelizadora”, en *Corintios XIII Revista de Teología y pastoral de la caridad*, 42-43, abril-septiembre (1987).
- ESPINA, A., *Manual de antropología cultural*, Ecuador: Abya Yala, 1996.
- FERNÁNDEZ DEL VALLE, A., “Hacia una filosofía integral del hombre”, en: *Espíritu*, XLIII (1994).
- FERNÁNDEZ DEL VALLE, A., *Tratado de Filosofía. Amor a la sabiduría como propedéutica de la salvación*, México: Limusa, 1995.
- FERNÁNDEZ DEL VALLE, A., *La civilización del amor: reflexiones para una sociedad en crisis*, México: FCE, 2006.
- FRANCISCO, “Vaticano II. Santa Misa en el monumento militar de Redipuglia”, 13 de septiembre del 2014. Obtenido de: http://www.vatican.va/content/francesco/es/homilies/2014/documents/papa-francesco_20140913_omelia-sacrario-militare-redipuglia.html
- GONZÁLEZ DORADO, ANTONIO, “La nueva evangelización de América Latina”, en: *Estudios eclesiológicos: revista teológica de investigación e información*, Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de Comillas, 67/262-263 (1992).

- JUAN PABLO II, “Vaticano II. Discurso a la Asamblea del CELAM”.
Miércoles 9 de marzo de 1983. Obtenido de: http://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/speeches/1983/march/documents/hf_jp-ii_spe_19830309_asamblea-celam.html
- JUAN PABLO II, “Vaticano II. Mensaje al Preósito General de la Compañía de Jesús, P. Peter Hans Kolvenbach”, 5 de octubre de 1986. Obtenido de: http://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/letters/1986/documents/hf_jp-ii_let_19861005_preposito-francia.html
- JUAN PABLO II, “Vaticano II. Ángelus. Fiesta de la sagrada familia”. 26 de diciembre de 1993. Obtenido de: http://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/angelus/1993/documents/hf_jp-ii_ang_19931226.html
- JUAN PABLO II, *Cartas a las familias*, Madrid: BAC, 1994.
- MAZA, E., *El amor, el sufrimiento y la muerte*, México: Proceso, 1989.
- MÜNCH GALINDO, GUIDO, *La organización ceremonial de Tehuantepec y Juchitán*, México: UNAM, 2006.
- PABLO VI, “Vaticano II. Peregrinación apostólica a Bogotá. Santa misa para los campesinos colombianos”. Viernes 23 de agosto de 1968. Obtenido de: http://w2.vatican.va/content/paul-vi/es/homilies/1968/documents/hf_p-vi_hom_19680823.html
- PABLO VI, “Vaticano II. Homilía por el domingo del Pentecostés”, 17 de mayo de 1970. Obtenido de: https://www.vatican.va/content/paul-vi/it/homilies/1970/documents/hf_p-vi_hom_19700517.html
- PABLO VI, “Vaticano II. Discurso en la clausura del Año santo”, diciembre 1975. Obtenido de: http://www.vatican.va/content/paul-vi/it/homilies/1975/documents/hf_p-vi_hom_19751225.html
- ROJAS, M., *Los cien nombres de América. Eso que descubrió Colón*, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1997.
- SALAMANCA, G., *La familia: ser de Dios y de la comunidad humana*, Bogotá: Universidad Santo Tomás, 2016.
- SÁNCHEZ, J., “Familia e Iglesia: una relación fecunda e inagotable”, en: PELLITERO, R. (Coord.), *La Iglesia como familia de Dios*, Madrid: RIALP, 2010.
- SELLÉS, J.F., *Antropología para inconformes*, Madrid: RIALP, 2011.
- TYLOR, E. B., *Cultura primitiva*, Madrid: Ayuso, 1977.
- VV.AA. Puebla. *Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, Perú: Paulinas, 2005.

ZEA, L., *La filosofía americana como filosofía sin más*, México: Siglo XXI, 1989.

ZEPEDA, T., *La educación pública en la Nueva España*, México: Progreso, 1993.